

Belisario García

Un episodio en Guayaquil



EN los turbios días en que estaban en su período agudo de excitación internacional nuestras relaciones con el Perú, recibí del Ministro de Relaciones de la época, Don Luis Barros Borgoño, bajo el gobierno de don Juan Luis Sanfuentes, el encargo de hacer un viaje a las Repúblicas del Ecuador y Cuba con el fin de ponerme al frente de los trabajos de divulgación de nuestros tratados diplomáticos en la prensa de ambos países.

Acepté con todo agrado la misión no sólo porque se trataba de hablar y escribir sobre asuntos de mi competencia sino por el interés que tomó en la gestión el señor Guillermo Rivera, político liberal de gran figuración a quien conocí de cerca en los tiempos en que este distinguido hombre público dirigía «El Día» de Valparaíso con verdadera sagacidad profesional. Ofrecióme entonces Rivera, con bondad inolvidable las columnas del diario, en el carácter de colaborador político rentado, cargo que desempeñé hasta las vísperas en que fuí nombrado por el Presidente señor Sanfuentes gobernador del Departamento de Osorno, que en aquel entonces tenía fama de ser uno de los más complejos del país.

Un día cualquiera—después de haber ejercido el cargo durante tres años, si mis recuerdos no me engañan—recibí de mi

querido amigo, señor Luis Vargas, Prefecto de Policía a la sazón de Valparaíso, un cariñoso telegrama en el cual me anunciaba, que yo había sido designado jefe de una misión periodística especial en Ecuador y Las Antillas.

¡Qué tiempos aquellos!: los puestos públicos no se solicitaban doblando la rodilla, sino poniendo a disposición del ministro del ramo la hoja de servicios que acreditaba las condiciones de capacidad del postulante sin las ambigüedades de lenguaje que se emplean en los tiempos que corren para hacer las designaciones fiscales.

Hecha mi designación, el señor Barros Borgoño tuvo la amabilidad de acercarme al Ministro Plenipotenciario de Ecuador en Chile, señor Aguirre Aparicio, para que este tuviera conocimiento cabal de la misión periodística que me encomendaba la Cancillería y especialmente para que el diplomático ecuatoriano me dispensara las atenciones del caso, en el curso de mi viaje a Guayaquil, pues el señor Aguirre Aparicio hacía entonces sus maletas para regresar a Quito, a fin de hacerse cargo de la cartera de Relaciones.

Ocupaba la Presidencia del Ecuador el señor Moreno Baquerizo, político discreto, poeta distinguido y hombre de mundo de alta enchapadura. En un viaje de catorce días hay tiempo, más que sobrado, para leer todos los libros que le puede deparar una navegación sin sobresaltos. Es así que me entregué a tragar a bordo cuanto libro, revista o diario llegaba a mis manos por intermedio de mis compañeros de navegación, entre los cuales recuerdo con especial agrado a un eminente político argentino que iba en viaje a Lima con el fin de ponerse al frente de la Legación de su país ante el gobierno peruano. Siento que las inquietudes de mi vida me hayan hecho borrar de la memoria el nombre del personaje, a cuya bondad debo mis mejores días de a bordo. Tuve años más tarde una emoción profunda cuando recibí de él una tarjeta muy cariñosa, en la que me anunciaba su nombramiento de ministro de Instrucción Pública bajo uno

de los gobiernos que se sucedieron en la República Argentina después de la Presidencia de Roque Saenz Peña.

Mis cincuenta años de periodismo no me han dado tiempo ni para conservar papeles ni poseer fotografías ni ocultar en el desván las firmas de los personajes con quienes me ha cabido en suerte intimar, ni dentro ni fuera de Chile. ¡Ahora he venido a comprender realmente que las linotipias hicieron de mí un tipo desorbitado sin ser en puridad de verdad un desorbitado! ¡Una de esas paradojas que encuentro a cada paso en el curso de mi desarrollo intelectual, fruto posiblemente del hastío que me han producido y me producen los medios en que he tenido y tengo que luchar y defenderme.

Ninguna novedad de bulto dramatizó mi viaje a Guayaquil. El litoral del Pacífico, salvo las cabrillas de Mollendo, Antofagasta y Lebu y el célebre Golfo de Penas, es una inmensa y hermosa sabana de agua en cuya claridad de cristal el viajero no hace otra cosa que admirar asombrado la belleza sin par del espectáculo. Al entrar el buque a la zona del trópico, la emoción que me produjo la imponente calma del mar tuvo, desde el primer momento, los caracteres de una sensación para mí desconocida. Nada igual he podido contemplar en orden a grandeza, en el inmenso cuadro de novedades que me ha sido posible observar desde el Ecuador a Tierra del Fuego; en el curso de mi carrera de romántico.

¡Un mar sin olas presentándose como visión de cristal a los ojos del navegante, un sol de fuego iluminando la costa, islotes perdidos en la inmesidad de aquel cristal de una pureza inmaculada, pájaros de una blancura de nieve revoloteando pausadamente alrededor de esos islotes, en cada uno de los cuales la zona tórrida esconde como misterios sus encantos increíbles.

¡Tal fué el cortejo de mis impresiones con que llegué una mañana de junio al puerto fluvial de Guayaquil! Después despedíme del Ministro de Relaciones del Ecuador señor Aguirre

Aparicio sin sentir en la despedida nada de aquello capaz de emocionarme.

El caso se explica: encontré en el diplomático ecuatoriano el tipo del hombre seco y desabrido con que uno se encuentra no siempre, pero frecuentemente en la sala de los despachos oficiales: burócratas de vida artificial que creen con la mayor ingenuidad del mundo que todo el arte del viejo escriba consiste en mecanizar la palabra, el gesto, la mirada y la sonrisa, a fin de no decir nada a través de sus expresiones de fakires envueltos en el secreto de sus genuflexiones palaciegas. Un efecto contrario me produjo en el Callao la gentil despedida que me hizo al pie de las escaleras del barco el diplomático argentino que iba en viaje a Lima para hacerse cargo de la Legación de su país. No sólo dióme varios adioses en abrazos inolvidables, sino invitóme a saltar a tierra, a pesar del momento internacional que atravesaban Chile y el Perú, a la sazón.

—Acepte mi amigo mi invitación; irá Ud. conmigo y vendrá a dejarlo a bordo el secretario de la Legación a la hora que a Ud. le plazca.

—Siento mucho señor ministro, le contesté, no tener el agrado de presenciar la cariñosa recepción que según los diarios de Lima tributarán hoy a Ud. en homenaje a su país y a la persona del Ministro.

Realmente sentí no bajar a tierra en el Callao. Tenía orden de no hacerlo para evitarme molestias.

La circunstancia de no haber avisado oportunamente mi viaje al cónsul de Chile en Guayaquil, señor Blanco, chileno, funcionario y amigo inmejorable, me obligó a dar en el puerto mil vueltas como gallina ciega, sin saber en buenas cuentas elegir el hotel adonde debía encaminarme ni tener oportunidad de hacerlo por la circunstancia que indico, pero lo que importaba para mí no era precisamente tener un alojamiento ideal sino echar el ancla en Guayaquil, a fin de iniciar mi cometido en nombre del programa de trabajo que llevaba en la maleta.

Después de un día de trajines de carácter protocolar dispuse permanecer en Guayaquil tres días a lo más y dirigirme a Quito el día señalado por el itinerario del ferrocarril para tomar el tren correspondiente.

¡Estaba más apurado que San Martín para acortar mis estaciones y empezar luego el desarrollo de mi papel en aquel escenario, para mí completamente ignorado!

Un accidente vino a inmovilizarme durante ocho días en el hermoso puerto fluvial, en el curso de los cuales tuvo lugar la famosa aventura periodística, que es objeto de este trabajo, cuyas primicias he ofrecido a «Atenea».

Al día siguiente de mi llegada tuve la sorpresa de recibir en mi hotel la visita del Ministro de Relaciones, señor Aguirre Aparicio. El señor Ministro estuvo obsequioso. Conversamos largo rato sobre las cuestiones pendientes que entonces palpitaban a modo de llamarada, en la política internacional sudamericana, refiriéndonos especialmente a las que había pendientes entre Chile, Ecuador y el Perú, de actualidad permanente alrededor de las cancillerías.

—El objeto especial de esta visita, me dijo el señor Aguirre Aparicio sentándose, es ofrecerle un asiento en el coche que pasado mañana me lleva a Quito. El coche está engarzado a los trenes que forman el convoy del ferrocarril. Haremos un buen viaje.

Agradecí las bondadosas atenciones del señor Ministro y quedamos de juntarnos a las seis de la mañana en la estación del ferrocarril situada al otro lado del Daule. Al día siguiente a esta entrevista me entregué afanosamente a hacer algunas visitas en la ciudad. Conocí al Director de «El Telégrafo», gran diario ecuatoriano estilo Mercurio, quien me llenó de alabanzas al llegar a Guayaquil. Traté al cónsul chileno señor Blanco, uno de esos raros funcionarios públicos del país con ideas propias, con iniciativas propias y con una brillante hoja de servicio en la Cancillería. Fuimos amigos desde el primer momento, que-

dando de acuerdo ambos en puntos importantísimos de política comercial.

Las últimas horas de la tarde las dediqué a dos chilenos inolvidables, al Dr. Cubillos, oriundo de La Serena, más conocido que el plátano en la ciudad y a uno de los jefes de la Compañía Frutera Chileno-Ecuatoriana, señor Carlos Olivares quien tenía la peculiaridad de ser compadre con todos los personajes de viso de Guayaquil.

Una hora antes de comer, creí de mi deber hacer una visita especial al señor Cesáreo Carrera, internacionalista de fama y miembro de la Cámara de Senadores de la época. Jamás he podido olvidar la charla que tuvimos ambos en la casa del connotado político ecuatoriano. Fué en el curso de ella, amable, abierto y de una sencillez espartana. Anoto con agrado esta circunstancia, porque Carrera jamás interrumpió sus relaciones conmigo, pues años más tarde, cuando fué nombrado Ministro Plenipotenciario del Ecuador ante el gobierno de Chile, siempre tuve en él un excelente compañero de ideas, muy adicto a mi persona y a mis convicciones.

En el ligero curso de cuatro días me había impuesto de las cosas ecuatorianas con una facilidad extraordinaria, debido seguramente a la impresión de honda simpatía que me causaban los problemas de la hermosa República Equinoccial. Sólo me quedaba que aclarar el interrogante que me causaba el silencio de «El Guante», famoso diario popular de Guayaquil, por cuya redacción había pasado años atrás el célebre periodista ecuatoriano, señor Manuel José Calle, de cuya pluma chispeante y fogosa se acordaba en todo momento la ciudad.

Quedé resuelto a descifrar el enigma a mi regreso a Quito y me dormí entregándome a esos sueños que en la vida corriente se llaman reparadores, y de los cuales no se despierta sino a la hora en que uno debe levantarse, urgido por el violento llamado que se le hace o por el fono o por las aldabas de la puerta. Eran

las cuatro de la mañana en aquella para mí memorable mañana del Trópico.

—Amito, me dijo cariñosamente el muchacho que iba a mi pieza por las maletas, ya es hora, el vapor está listo, y vámonos. Tiene tiempo para desayunarse. ¿Adónde me llevaba aquel barco fluvial, cargado de pasajeros cuya estampa jamás había visto en tierra de América? A la otra orilla del Daule, río de la provincia de Guayas, destinado días más tardé a dejar en mi alma de romántico una impresión indeleble. A mi lado estaba sentado en la cubierta el muchacho que yo había encontrado en la víspera de mi viaje en los muelles del puerto para que me sirviera de guía en el camino hacia el tren. Eran las siete cuando llegamos a la estación.

Ninguna puerta abierta en el convoy, ningún empleado del ferrocarril en movimiento, y los pasajeros esperando como una mesnada, la hora del pitazo de la locomotora para entrar en tropel a los coches del convoy de que me había hablado con tanta seriedad el señor Ministro. La hora de la partida del tren era siete y media de la mañana para llegar a las cuatro del día a Ríobamba en donde debíamos pasar la noche por orden de los reglamentos del tren.

El reloj de la estación apunta las ocho. ¡Nada! Mi reloj las nueve. ¡Nada! Ni el jefe de estación ni el jefe del tren se veían por ninguna parte. A eso de las diez, se lee en la pizarra del caserón el siguiente aviso: «Se comunica a los pasajeros que el tren a Quito no correrá sino dentro de seis días más». Me quedé como quien ve visiones ¿y mi compañero de viaje el señor Ministro de Relaciones? Con paso lento hacia mí dirigíase en ese instante el señor Aguirre con el objeto de anunciarme la imprevista postergación del viaje. Mi resignación fué completa cuando supe luego después que el ferrocarril de Guayaquil a Quito era una concesión norteamericana fundada en el monopolio consiguiente. Advierto al lector que el ferrocarril de Guayaquil a Quito es una de las obras de ingeniería más notables del mundo,

uno de cuyos trazos, el de la «Nariz del Diablo», por ejemplo, no se puede mirar sin sacudirse violentamente los nervios; bajo la impresión que produce en el viajero aquella cuesta infernal de relieves dantescos.

Habiéndome acomodado mejor que antes, en cuanto a alojamiento, inicié mis tareas en la ciudad, en primer lugar escribiendo en «El Telégrafo» sobre asuntos internacionales, y en segundo, viendo modo de descifrar el misterio de «El Guante», cuyo silencio realmente me preocupaba. A eso de las tres de la tarde del día siguiente me encaminé hacia la imprenta con el objeto de presentar mis respetos al Director del diario.

—¿Puede pasar esta tarjeta al señor Director?, dije al portero de la casa.

—Con todo gusto me contestó el hombre, después de hacer más visajes que un mico. ¿Ya conocía mi estampa? Lo ignoro.

Un segundo después sale tranquilamente del despacho del periodista y me dice sin ninguna clase de ambigüedades de lenguaje, a quemarropa.

—Señor, el amo me dice que hoy no recibe a nadie, devolviéndome la tarjeta con la mayor calma del mundo y cierra la puerta dejándome plantado en la calle sin darme mayores explicaciones.

La seriedad de las funciones que me había encomendado la Cancillería me obligaba naturalmente a ejercer sobre cada uno de mis actos el control más severo: es así que hice lo de Gil Blas cuando quería hablar con el rey, es decir, decirse a sí mismo: si hoy no se puede se podrá mañana. Todo es cuestión de tiempo bajo el sol y me dirigí un tanto descontrolado a mi hotel en vez de dirigirme a casa del doctor Cubillos o a la de Olivares para contarles el caso.

«El Guante» tenía a la sazón una popularidad bien ganada en los diversos círculos de la ciudad. El rastro que había dejado Calle en la redacción del diario continuaba conquistando adeptos.

tos. Supe inmediatamente que «El Guante» le tenía a Chile, si no odio, no confesado, al menos una inquina que no podía disimular. Calle en más de una ocasión había tratado con aspereza los asuntos chilenos y tenía por nuestra Legación una ojeriza que jamás supo recubrir con flores de retórica. Hay que advertir que Calle fué en su tiempo la primera pluma del periodismo ecuatoriano, a pesar de que padecía de los mismos males de que solía padecer Rómulo Mandiola entre nosotros o Pedro Antonio González. El abuso del licor jamás embotó su genio.

¿Por qué «El Guante» miraba torvamente a Chile?

Permítame el lector que no me adelante a los sucesos; a su debido tiempo se encargará de decírselo el propio redactor o Director del diario por boca del mismo periodista que en ese preciso momento se da de cabezazos contra las murallas de «El Guante».

Disponía de cuatro días completos para dar a mi drama el desarrollo que yo quisiera: es así que resolví hacerlo por medio de capítulos cortos, pero decisivos a fin de dar al asunto el carácter de un problema de matemáticas.

Resuelto a volver a la carga determiné presentarme un día más tarde a las puertas de mi ogró, a fin de conocerle, no de tirarle las orejas. Tan pronto como toqué el timbre de la casa salió a los umbrales de la puerta el ugier que ya conocemos. ¿Qué tal? (expresión muy usada en el Ecuador), moduló un tanto asustado. Le alargué la mano dándole nuevamente mi célebre tarjeta.

En menos tiempo que yo gasté en arreglar la cartera para sacarla, el portero, no digo corrió, sino que voló hacia la puerta para darme una vez más con la puerta en las narices.

—Me dice el señor Director que no tiene tiempo ni para hablar con el señor García ni para tratar ningún asunto con el representante especial del gobierno de la Moneda. Esta vez, el representante del Director asumió la actitud de un Dics y me dijo con aspereza trágica: Adiós.

La dureza del comportamiento de «El Guante» me obliga-

ba a cambiar de semblante, colocando el incidente en su verdadero terreno, pero una vez más me acordé de las responsabilidades que tenía el ejercicio de mis funciones y hube de hacer nuevamente el papel de Gil Blas para llegar al punto que quería llegar en nombre de los intereses de mi país.

La situación era indudablemente molesta, pero no insoluble a causa de los antecedentes que tenía para apreciar el carácter del incidente y las razones que movían al Director del diario al provocarlo. De manera que no tuve descorazonamiento alguno al alejarme de la imprenta, bajo la sugestión del suceso. Inmediatamente me dirigí a casa de Olivares, y le conté el cuento tal como había pasado. Olivares era un personaje que tenía en la cabeza una solución para cada dificultad, tal como está la correspondencia postal en el casillero de la oficina de Correos. De modo que en menos de un segundo encontró la llave de la situación, sin mayor trabajo mental.

—Mi distinguido paisano, me dijo, soltando la risa a todo trapo: Tenemos ganada la partida, al menos así lo creo yo: el Director de «El Guante» es amigazo mío. Hagamos una cosa pasado mañana daremos un pic nic a bordo de uno de los vapores de la Compañía. Navegaremos un par de horas hacia los Naranjales del Daule en compañía de varios caballeros de representación de Guayaquil, y allí no faltará un minuto en que Ud. tome una buena copa del «Rhin de Undurraga» con el distinguido periodista que ha hecho pasar a Ud. tan malos ratos.

Olivares era el tipo de las resoluciones definitivas. Cuando tomaba alguna, había que llegar hasta el fin a ojos cerrados. Media hora después hizo distribuir las invitaciones para el pic nic y me dijo abrazándome.

—Ahora mi caro señor, manos a la obra. A bordo a las 10 de la mañana. Lo espero en los muelles reloj en mano.

¡Jamás he olvidado aquellas horas del Daule! Desde las 10 de la mañana hasta las 4 de la tarde, pasé a bordo del vaporcito fluvial los momentos más encantadores que he pasado en el

curso de mi carrera desorbitada de romántico, lejos de los lugares de mis correrías habituales.

Una hora después de embarcarme yo andaba en la cubierta de la nave del brazo del ogro del diario guayaquileño. ¿Cómo y cuándo y por qué nos abrazamos? Fué en un minuto delicioso de soltura de lengua, en el curso del cual Olivares, maestro en esta clase de aventuras presentómè al Director, cogió dos sillas para que ambos nos sentáramos y puso a nuestra disposición una botella de champaña, que según él sería destapada a todo estrépito media hora más tarde.

Olivares se alejó de nosotros, con astucia refinada. ¿Qué nos dijimos en esa media hora para mí memorable? Un mundo de cosas habladas, sentidas y proferidas con una sencillez lacónica.

Recuerdo siempre esta frase del periodista ecuatoriano: «Siento profundamente decirle que Chile no ha pesado jamás debidamente el inmenso cariño que el Ecuador siente por él. Muchos de sus diplomáticos hablan con el taco, es decir pisan fuerte sin objeto. Los días de Galo Irarrázabal están muy lejanos. Pocas veces la Legación de Chile se ha acordado de que en el Ecuador hay dos ecuaadores, uno el oficial y otro el popular. Contadas han sido las veces de que un diplomático chileno ha estado cerca de las palpitaciones ecuatorianas».

«Lo que ha hecho Ud. frente a «El Guante», prosiguió, es para mí una visión del otro mundo. Me enseña a conocer la mentalidad del nuevo político chileno». Y calló y me abrazó profundamente emocionado. Repentinamente regresa Olivares, la botella se destapa en medio de estruendoscs vivas a Chile y toda la gente de a bordo sacude el pañuelo en señal de que algo nuevo se operaba en la estructura ideológica del diario de Guayaquil.

Al día siguiente, a la hora del desayuno, uno de los mozos del hotel me lleva «El Guante» en cuyas páginas de honor se veían retratos a dos columnas del ministro de Relaciones del Ecuador y del periodista chileno que no desmayó jamás en la

tarea de conquistar para Chile la adhesión del célebre diario ecuatoriano.

Antes de partir para Quito, dirigí un mensaje confidencial sobre este particular a la Cancillería. En conversaciones que tuve antes de partir con Cesáreo Carrera, que seguía mis pasos muy de cerca, éste me complementó lo que me había revelado, con tanta sinceridad, el Director de «El Guante» con una serie de observaciones de carácter reservado, que produjeron en mi ánimo la más honda impresión. A la Sierra, a la Sierra, me dijo a todo grito el pobre mucamo que cinco días antes me había llevado el equipaje a la estación.

A la Sierra, a la Sierra voceó emocionado al dar el último pitazo el tren que me llevaba a Ríobamba y a Quito, en alas de lo desconocido.